

## SIR CAMARA



**H**AY momentos históricos en los que todos tienen la responsabilidad de definirse. Cuanto más alta sea la magistratura, mayor responsabilidad.

Está claro que el Rey no puede inmiscuirse directamente en las batallas políticas; pero, como figura que aglutina el máximo respeto de los españoles,

su deber es dar los toques de atención precisos en los pocos momentos en los que sea necesario. Últimamente hemos visto al jefe del Estado vestido varias veces de militar.

Y el sábado, en la Academia de Zaragoza, lanzó uno de sus mensajes: la Constitución de 1978 está vigente y "se fundamenta en la indisoluble unidad de la Nación española". Hay quien ha querido minimizar este mensaje, aventado precisamente en unos momentos de confusión territorial a cuenta de la aprobación del Estatut de Cataluña; y hay también quien opina que Don Juan Carlos debería haber pronunciado palabras más dramáticas para definir una situación que, según algunos sectores políticos, hace peligrar la unidad de la Nación y hasta la perpetuación del sistema.

En mi opinión, el Rey estuvo prudente y justo en la medida de sus palabras. Ni hay por qué dramatizar en exceso, cosa en

## El Rey rompió su silencio, ¿los demás?

Fernando JÁUREGUI

la que insisten no poco estos días los políticos y los medios catalanes, además del propio Rodríguez Zapatero, ni tampoco es tolerable el silencio y el encogimiento de hombros de quienes tienen o han tenido altas responsabilidades políticas.

Me refiero a que hay como una conspiración de silencio en el mundillo socialista, mientras los populares y figuras mediáticas de relieve en Madrid y otras partes de España van ascendiendo peldaños en los gritos de aviso acerca de la *catástrofe* que nos amenaza si la tramitación del Estatut en las Cortes no lo deja pelado de inconstitucionalismos, que actualmente los tiene en abundancia, según las opiniones más ecuanímenes. Alfonso Guerra, presidente de esa comisión constitucional del Congreso que dará los primeros capotazos al texto que será enviado por el Parlament el miércoles, ya ha dicho, con cautela, que en su opinión hay inconstitucionalidades más reales que presuntas en el texto. Otros dirigentes socialistas territoriales se han pronunciado en el mismo sentido. Pero en el grupo parlamentario socialista, comenzando por su portavoz, el insustituible Alfredo Pérez Rubalcaba, priman más los silencios que las palabras, atendiendo tal vez a esas exigencias de

respeto que, para callar bocas, han enviado desde el tripartito catalán.

¿Dónde está la opinión, que intuimos y que es comunicada en círculos íntimos, de Felipe González? ¿Puede un ex presidente del Gobierno, por muy afanado que esté en cuestiones particulares latinoamericanas, puede alguien que ejerció el poder en España durante trece años, seguir callado? ¿Pueden todos aquellos que fueron ministros durante los años de mandato socialista? ¿Por qué no hablan más alto Calvo-Sotelo, Landelino Lavilla, los que fueron ministros de UCD y que no pasaron al PP, acomodados en apartamientos sin riesgo? ¿Por qué no quienes ejercieron mandato en instituciones importantes? ¿Temen acaso quienes llenaron el pasado perder los beneficios del futuro si se muestran disconformes o si puntualizan las verdades que en este presente son las oficiales?

Este es un momento para el debate nacional, y apuesto a que ese debate va a llegar de todos modos, imparable, por mucho que el Estatut vaya a pasar por las manos de una comisión, que ya dijo Churchill -creo que fue él, aunque quizá también alguien antes que él- algo así como que cuando

quieras que algo quede diluido debes crear una comisión para estudiarlo. Más o menos lo mismo que decía Azaña, con quien estos días, exageradamente, comparan a Zapatero, en el sentido de que si quieres que algo permanezca oculto, lo mejor que se puede hacer es publicarlo en un libro.

Pienso que en esta España en la que tantos miran para otro lado, desligándose de lo que el presente reclama como consecuencia de sus obligaciones pasadas, no puede seguir primando mucho tiempo la ley del silencio. No puede ser que el presidente del Gobierno siga sugiriendo que todo el que discrepa de su política de aceptación de lo que podría ser inaceptable está vendido a la oposición tonante, demasiado tonante y poco efectiva, de acuerdo. Ni es concebible que la política catalana nos siga ordenando a todos los demás españoles, políticos y periodistas incluidos, que nos callemos para así manifestar nuestro "respeto" a lo que se decide en el Parlament allá en Barcelona, como si nos fuese mucho en esta partida.

Mariano Rajoy ha pedido un adelantamiento de las elecciones si la chapuza estatutaria se consuma. Es una idea a mi entender interesante, que ha reci-

bido pocos apoyos y comentarios en la prensa. También podrían la oposición, que al fin y al cabo representa los votos de casi la mitad de los españoles, junto con otros colectivos, comenzar a recolectar firmas para pedir al presidente del Gobierno un referéndum: pocos casos como éste del debate territorial de España justificarían una llamada a la consulta popular de acuerdo con el artículo 92 de la Constitución, o incluso con el artículo 87, correspondiente a la iniciativa popular. Claro que todo ello exigiría un comportamiento más constructivo y tenaz por parte del principal partido de la oposición y de otras instituciones anejas, empujadas apenas en organizar manifestaciones y acciones a corto plazo y en vaticinar grandes terremotos políticos, sin más.

Pero todo, todo, antes que el ominoso silencio de los cordeles, ese silencio tan practicado -¿alguien volvió a oír hablar de aquel *desliz* del tres por ciento? desde la placidez mediterránea del *seny* catalán. Y hay que reconocer que, por el momento, ese silencio a Maragall no le va mal en sus pretensiones a corto plazo, que consisten en durar en la Generalitat: en este cuarto de hora es casi un héroe para muchos catalanes. A quienes puede irnos mal es a todos los demás, si Zapatero no logra su propósito casi imposible de armonizar todos los intereses, todas las voluntades, de acallar -acallar- todas las voces preocupadas.

**M**UCHOS ojos miran hacia La Zarzuela, e incluso hay quien clama para que el Rey dé un paso adelante, o al menos haga un gesto.

Algunos van más lejos y se atreven a exigir que el Rey ponga orden en tanto desorden, intranquilidad y desconcierto; que ponga sensatez en la insensatez, responsabilidad ante la irresponsabilidad. No puede hacerlo. Ni debe hacerlo. La Constitución marca los límites de sus atribuciones, y si es contrario a decisiones del gobierno, gobierno sobera-

## El papel del Rey

Pilar CERNUDA

no elegido por la mayoría de los españoles, no tiene más opción que irse a casa y, probablemente, hacer saltar así las estructuras y el futuro de la Monarquía, porque no parece lógico pensar que lo que es inaceptable para un Rey sería aceptable para quien le sucediera en la dinastía.

El papel del Rey fue fundamental en la Transición, de la que fue inventor e impulsor, y para la que contó con un puñado de políticos a los que hay que poner un monumento. A ellos, con el Rey Juan Carlos a

la cabeza, debemos una España plenamente democrática en un plazo mínimo de tiempo; les debemos una Constitución elaborada con el acuerdo de las fuerzas políticas, les debemos una España ejemplar en la forma en que dejó de ser dictadura para convertirse en una democracia.

A ellos les debemos que podamos sentirnos orgullosos de quienes trabajan en política con generosidad, pensando en el bien de todos por encima de los intereses personales; a ellos les debemos que se cerraran

heridas, que se nos abrieran puertas en el escenario internacional, que pudiéramos pasear con orgullo el nombre de España después de cuarenta años de aislamiento exterior y de humillaciones.

A todo eso le acaba de colocar el *rip* un Zapatero que es ejemplo de todo lo contrario; irresponsabilidad, crispación, ruptura social y aceptación de cualquier exigencia, por disparatada que sea, con tal de mantenerse en el poder. El Rey no puede hacer nada ante el dislate. Todo lo más, si tiene oportu-

unidad y Zapatero se lo permite, quizá le pueda hacer alguna consideración personal en uno de sus despachos habituales.

Es todo. No puede ir más allá.

Pero nos ha dado señales importantes de lo que piensa sobre la situación actual, esa situación que Zapatero cree controlar y que todo indica que no controla de ninguna manera, porque no sabe ni quiere enfrentarse a las situaciones complicadas, hace año y medio que lo viene demostrando.

Las señales son nítidas: al Rey le preocupa la unidad de España y le preocupa cómo se quiere cambiar la Constitución sin seguir los trámites legales.

El que quiera entender que entienda.